

Los estudiantes de medicina y sus motivaciones

Dentro de las actualidades pedagógicas, y para el aprendizaje de las ciencias médicas, viene eliminándose, consciente e intencionadamente el concepto de “vocación”. Tal vez se tema identificarla como un “llamado” que no se ha escuchado, o una “inspiración divina” para la entrega y el sacrificio, en el caso del médico, que tampoco se ha sentido. Sin embargo, debemos pensar en la vigencia del concepto, porque debe identificarse como la “gran motivación” que permita saber que se está avocado a buscar algo en la vida que llene la intimidad del deseo y la voluntad de ser alguien, no sólo para sí, sino fundamentalmente para entender y servir a los demás; conducir o encauzar el impulso que busque razonadamente la mejor causa para pensar, estudiar, trabajar, organizar y producir.

Se dice que el médico es un profesionalista que debe ser un universitario como los demás. La realidad es que debe tener algo más. Muy profundamente, debe sentir la vida con toda la magnitud del que no sólo quiere luchar contra la inmensa muerte, sino aliviar el sufrimiento, sedar el dolor, participar positivamente en la aflicción, sin lamentaciones, y como aquél que ha escogido la posición y actitud de dar, de ofrecer siempre algo en bien de los demás, y casi olvidarse de sí mismo para entender que se le requiere en la colectividad siempre angustiada y amenazada de muerte. Tendrá que responder a un reto eterno, del que, con seguridad, no siempre saldrá victorioso,

aunque tenga que ser más fuerte que nadie ante el fracaso y la frustración. Pues es necesario que alguien recoja las penas, las haga más ligeras, se quede con algunas y siga ayudando a los demás.

Este andar, que parecería apostólico, no es del todo médico y no resulta tan bueno si no va bien provisto de conocimientos que cada día deben despertar más el interés del estudiante —que no deja de serlo nunca— para unir, al humanismo social y al humanitarismo vocacional, las ciencias y las técnicas indispensables para cumplir con la elevada misión escogida y sancionada por la sociedad.

Así se entiende al estudiante quien, ya en marcha en su escuela o facultad de medicina, encuentra que le hace falta desde la educación del hogar, hasta la información correspondiente a la escuela primaria; que la secundaria fue mala y la preparatoria insuficiente; y, por fin, que no sabe por qué ni para qué está estudiando medicina. Los hay que no la sienten y otros que no creen en ella; y, sin embargo, la corriente los puso ahí y terminan la carrera sin epifanía.

El pueblo mexicano está necesitando buenos médicos y es evidente la demanda en la medida en que la población crece y hay más y más enfermos.

La organización institucional todavía no ha logrado resolver el problema, y cada vez comprobamos que es necesario ampliar los servicios establecidos y crear otros. Sin embargo, debemos detenernos y contem-

La enfermedad, más que la salud, como finalidad en la formación del médico por "equivocación".

plar la realidad, pues no es exclusivamente con hospitales como van a resolverse los problemas de salud y requerimientos médicos en función de la población creciente. Diferentes culturas y el gran déficit en nuestra organización social complican el problema.

Todo hace suponer que los médicos, como parte de un todo social heterogéneo, deben reunir condiciones formativas —muy especiales unas y generales otras— para ser verdaderamente útiles y llenar la gran necesidad que se dispara en divergencia, a pesar del aparente exceso de estudiantes que abarrotan escuelas y facultades de medicina. Entre ellos, hay buenos, medianos y malos, pero casi todos se reciben, en general, con deficiente preparación.

Es cierto que el problema arranca desde los planes de educación. Pero, si esperamos a que México llegue a ser "un país planificado", los problemas de hoy se magnificarán haciéndose más complejos. Desde ahora, deben tomarse algunas medidas para el encauzamiento de los estudiantes en los niveles premédicos que permitan identificar la dirección del cambio en las "políticas de salud" paralelas a las de nuestra urgente adecuación socioeconómica. Casi podría decirse que es en nuestro sector donde debe ocurrir la "revolución sociopolítica del saber" y de la "emergencia moral", pues dejamos que el pueblo enferme y luego no sabemos como atenderlo; así, el gobierno tendrá cada vez menores recursos para "na-

cionalizar la salud".

Existe cierta similitud entre la afectación social por energéticos y la derivada de los asuntos médicos. La euforia de la bonanza sólo ha alcanzado a muy pocos, así como la protección de la salud.

Los mejores servicios médicos, con todos sus componentes biopsicológicos, ambientales y de comportamiento científico (?) están muy lejos del pueblo, conocedor de su desgracia intrínseca y desposeído de un cuerpo de trabajadores de la salud que lo proteja, pero que lo desea y hasta cree verlo reflejado en flamantes edificios e instituciones que sirven a derechohabientes entre quienes quisieran figurar todos. Sin embargo, sentimos que cada vez es más remota la meta, pues ni bañados en "oro diáfano" podríamos servir a ese pueblo, sin recursos humanos cuya falta corre pareja, no con la abundancia temporal de energéticos, sino con la miseria permanente y el desorden económico, éste sí aparejado a la insalubridad.

Si en la escuela preparatoria existiera la posibilidad de analizar nuestros problemas sociales, centrados en el mayor de todos que es la salud, desde el punto de vista médico tendríamos la oportunidad de empezar a responder al reto, antes de que el estudiante escoja la interminable carrera de medicina, con la vocación o equivocación de una mal conocida motivación en el contexto insoslayable de la realidad.

En vez de cultivar la propaganda para

“explotar la medicina”, debe iniciarse el estudio y la “propedéutica social” para tipificar mejor la necesidad y la demanda con todas las dificultades esenciales que suponen las tareas del trabajador de la salud.

El concepto de “negocio” médico o de “empleomanía” será sustituido por el de “la gran empresa humana” que exige responsabilidad y algún sacrificio, además de la dedicación imperativa para el estudio de las ciencias y el mejor conocimiento de muchas técnicas aplicables a la educación médica.

Ya en el pregrado, el estudiante deberá saber con quién y para quién va a estudiar. No negamos el serio fenómeno de la demanda universitaria y la conveniencia de revisar y adecuar los programas de educación superior y los criterios y mecanismos de admisión.

Ante el “alarmante fenómeno” que supone el registro de 22 mil alumnos nuevos en este año, logremos que pasen la prueba de su vocación y confirmen la honradez de su impulso y motivación. El mismo estudiante debe articularse en el contexto nacional y participar en la definición de su camino, habida cuenta que es en el medio rural en donde la población los está requiriendo, y que nunca podrán ser eficaces si no se capacitan intensamente, tanto en la práctica como en la teoría y el laboratorio. La capacidad para el servicio colectivo no se improvisa, y para lograr su eficiencia debe formarse, paralelamente al médico, personal técnico auxiliar y de enfermería, aprendiendo así juntos a trabajar en colaboración y estudiando mucho más la realidad de un pueblo sin salud, sin fe y que está perdiendo la esperanza.

Resulta doloroso comprobar que nuestros jóvenes ingresen a las escuelas de medicina sin saber nada de la población y menos de los requerimientos de salud y la demanda actualizada de recursos humanos para este sector. Pasan por la escuela para obtener un título, “emplearse”, ganar dinero y, . . . estudiar quién sabe cuándo . . .

También nos abarca a los médicos la “inflación prodigiosa” de todo, incluidas las necesidades y la sed de recursos para responder a los ambiguos imperativos de la lucha por la salud contra la enfermedad.

La salud pública para millones de mexicanos nunca estará satisfecha con la ciencia sola, y menos con la tecnología fetichista de aparatos en perfeccionamiento constante. Urge preparar a nuestros estudiantes que deben amar a México, a su pueblo, a su origen y a su terruño, antes de entrar en la especulación médica en dirección de la salud, de los cuidados de prevención primaria y permanente, y reorientar a los 80 mil estudiantes de medicina que, en la actualidad, no ven otra perspectiva que la de los enfermos, los hospitales, la gran cirugía y el “estudio de los casos hasta la autopsia”.

Al conversar con ellos, y aplicando parámetros que corresponden a otros energéticos, me parece que buscan también un “psicoducto” para quemar sus talentos en otras alturas que no son las actuales, ya ocupadas aparentemente por otros 80 mil graduados que ejercen su profesión en 65 mil plazas urbanas entre las que se encuentran 26 mil que corresponden al gobierno en sus instituciones oficiales. Este vasto potencial del espíritu humano debe encontrar la libertad de su alma médica en el reconocimiento de la necesidad de servicios y acciones de salud para el pueblo mexicano desposeído y marginado. Es allá, en el campo, en las comunidades indígenas, en las pequeñas poblaciones, y en la conformación activa de programas integrados para el desarrollo y bienestar social, donde se les necesita.

La salud no es ajena a la educación, a la agricultura ni a las comunicaciones. Debe engranarse el sector médico a todas las acciones y esfuerzos de progreso básico que hace México.

Dr. Manuel Velasco Suárez